

rosana guber

la etnografía

método, campo y reflexividad

La autora

Rosana Guber es Ph. D. en Antropología Social, investigadora de IDES-CONICET, directora del Centro de Antropología Social del IDES, coordinadora de la Maestría en Antropología Social del IDES/IDAES-Universidad Nacional de San Martín y profesora de métodos etnográficos en posgrados de la Argentina y América Latina. Es autora del manual de trabajo de campo El salvaje metropolitano, y compiladora, junto con Sergio Visacovsky, de Historia y estilos de trabajo de campo en Argentina.

Sus temas de investigación son los métodos etnográficos, la historia antropológica de la antropología en la Argentina, y las memorias argentinas sobre el conflicto de 1982 con Gran Bretaña por las Islas Malvinas.

 **siglo veintiuno**
editores

Rosana Guber

La etnografía: Método, campo y reflexividad. - 1ª ed. 1ª reimp - Buenos

Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2012.

160 p.; 20x13 cm. - (Mínima)

ISBN 978-987-629-157-6

1. Etnografía. I. Título

CDD 306

© 2011, Siglo Veintiuno Editores Argentina S.A.

Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

ISBN 978-987-629-157-6

Impreso en: Artes Gráficas Delsur // Almirante Solier 2450, Avellaneda
en el mes de febrero de 2012

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina // Made in Argentina

*A la memoria de Anibal Ford,
que apostó a nuevos cruces y miradas.*

*A la memoria de Lali Archetti y Santiago Bilbao,
que no tuvieron miedo de embarrarse.*

*Y al horizonte de Sol, para que sus enormes ojos azules
vean mucho más que yo.*

6. El investigador en el campo

El encuentro entre investigador y pobladores, según muestran las técnicas etnográficas, está atravesado por una tensión fundante entre los usos y las interpretaciones que le otorgan al “estar allí” tanto el investigador, en su condición de miembro de otra cultura o sociedad, como los pobladores o informantes; tensión que la flexibilidad y variedad de las técnicas de registro permite identificar y analizar. Pero esta posibilidad descansa en el investigador, que debe transformar las técnicas de recolección de información en partes del proceso de construcción del objeto de conocimiento. En este proceso, en el que descubre simultáneamente lo que busca y la forma de encontrarlo, el investigador se convierte en la principal e irrenunciable herramienta etnográfica.

Paradójicamente, la capacidad inconmensurable de la herramienta/investigador reside en la conciencia de sus propias limitaciones, pues su poder de adecuación no es universal a todos los requerimientos. Hasta aquí nos referimos a las limitaciones desde la perspectiva del investigador –su epistemocentrismo, su determinación académica, cultural y social–; ahora proponemos abordarlas desde la lógica de los sujetos que estudia. Aunque esta lógica sea tan diversa e imprevisible como sentidos socioculturales existen, nos detendremos sobre cuatro aspectos que sin duda constituirán la imagen que se construya del investigador: la persona, las emociones, el género y el origen. Para eso tomaremos como ejemplo

un incidente que protagonicé al concluir mi trabajo de campo.

Un incidente de campo¹¹

Era la tercera conmemoración que yo presenciaba en Buenos Aires de la toma de las Islas Malvinas por parte de las Fuerzas Armadas argentinas. Llevaba ya dos años de trabajo de campo intensivo, además de tres meses de prospección para mi investigación doctoral sobre la identidad social de los soldados conscriptos en el teatro bélico anglo-argentino de 1982. El intento de recuperación del archipiélago Malvinas en el Atlántico Sur, tras ciento cuarenta y nueve años de ocupación británica, se inició el 2 de abril de ese año y culminó setenta y cuatro días después con la derrota argentina. La “Guerra de Malvinas”, como la llamamos los argentinos, fue la última iniciativa del régimen militar autodenominado “Proceso de Reorganización Nacional” (1976-1983), una de las dictaduras del Cono Sur, antes de su retiro del gobierno.

Próxima a cerrar esta etapa de trabajo, fui a presenciar la conmemoración de la toma argentina del 2 de abril, que convocaban algunas organizaciones de veteranos de guerra en el centro político de Buenos Aires, la Plaza de Mayo. Ese acto estaba conducido por Carlos y otros militantes de la “causa Malvinas”, abocados a mantener viva su llama en la “desmalvinizada” (desnacionalizada) sociedad argentina. A lo largo de los cuatro años que duró nuestra relación, Carlos se había transformado en un importante dirigente de una organización de ex soldados de vasto alcance.¹² Por su intermedio conocí a otros veteranos, pero pocas veces pude entrevistarlos, lo que se debía, según me explicó, a sus ocupaciones. La relación se fue limitando a algunas visitas a las oficinas de la organización y a los actos públicos que ésta convocaba.

Para ese 2 de abril se había programado un desfile que atravesaría el centro de la capital para culminar en el “Monumento a los Caídos en el Atlántico Sur”, en la Plaza General San Martín. Esa vez, la marcha sucedería a una misa en la Catedral metropolitana.

Llegué puntualmente al lugar, y encontré a la esposa de Carlos, a quien ya conocía; la saludé con un beso pero se mantuvo distante. Mientras ella saludaba a los demás de la ronda, dijo en voz bien alta, con la mirada perdida: “¡están llegando los *servis!*”. Miré y no vi nada raro; como nadie me invitó a quedarme, seguí rumbo a la Catedral. Entonces apareció Carlos con uniforme militar. Aunque no lo veía desde el año anterior, no mostró demasiado entusiasmo por el reencuentro y siguió con sus preparativos. Me consolé pensando que posiblemente tendría mucho que hacer, y que tal vez mi presencia le resultase irrelevantemente familiar (¿acaso un “mal necesario”?). Me ubiqué en la entrada de la Catedral para esperar, cuando la mujer de Carlos se acercó y me dijo: “Mirá, vos mantenete lejos de los ex combatientes y de mi marido, porque no queremos gente de inteligencia en la organización. Y cuidate, porque si no vas a perder tu trabajo en inteligencia”. Sólo atiné a contestar “¿Vos estás en pedo [loca]?”, pero se fue sin darme tiempo a nada más.

Aturdida, sentí que me transformaba en una columna más del edificio. Sin reaccionar todavía, me dije que debía registrar el evento y que, después de todo, no tenía nada que ocultar ni de qué avergonzarme. Pero aunque decidí seguir con lo previsto, poco pude hacer desde mi estado de ánimo, que apenas si me permitió acompañar, en otra sintonía, el acto de conmemoración; pues, a pesar de saber que el cargo no me correspondía, me atravesaba la vergüenza de la acusación. Sólo registré, siempre mentalmente, algunas generalidades, mientras trataba de sobreponerme a la sensación de estar marcada por una campanilla de leprosos. ¿Cómo actuar con naturalidad si

toda intervención o pregunta que intentara ir más allá del saludo cordial podía interpretarse como un acto de “espionaje”?

Ante situaciones como ésta, los investigadores podemos optar por desentendernos de lo ocurrido y “pasar a otra cosa”, atribuyendo el traspié a un malentendido, a la mala fe o a la ignorancia. Yo preferí enfocarlo como si se tratara de información relevante, al menos para calmar mi ansiedad. De acuerdo con este enfoque, cuatro aspectos se ponían claramente en cuestión: mi persona, mis emociones, mi lugar en tanto mujer y mi nacionalidad.

La persona del investigador

Apenas se fue la mujer de Carlos, pensé que, al menos, ahora conocía la razón de aquella indiferencia, pero no entendía por qué se explicitaba recién después de cuatro años y, mucho menos, por qué Carlos y su mujer estaban tan seguros de mi doble identidad. Sabía que los ex soldados guardaban alguna desconfianza hacia mí, pero supe que se habría atenuado con el tiempo, mi trabajo y mi conducta. Además, Carlos había cursado materias de la carrera de Antropología en la universidad y teníamos conocidos en común; muchas veces me había escuchado presentarme como investigadora del sistema científico nacional, docente universitaria y estudiante de doctorado en los Estados Unidos, y nunca lo había objetado. ¿Dónde estaba el problema, entonces?

Sin sumergirme en la psicología individual de mis detractores (Geertz, 1973), sólo atiné a interrogarme acerca de mi propia perplejidad. Un primer elemento a considerar era el concepto de “persona”, que difería dramáticamente del de mis interlocutores. Nacido en el siglo XIX, el trabajo de campo etnográfico se configuró paralelamente al liberalismo político y económico, en el período en que se gestó

también el concepto de persona como un sujeto jurídico universal de derechos. La “persona” moderna y liberal es la culminación de un desarrollo que reúne al sujeto de derecho de los romanos con el yo moralmente responsable e individual de los estoicos, y con el sujeto de derechos universales (libertad, justicia, conciencia, comunicación directa con Dios). En esta confluencia, el concepto¹³ mantuvo básicamente el sentido de su etimología, *per sonare*, que procede de la palabra etrusca *phersu*, por su asociación con la máscara dramática. Poco a poco, esta acepción, ligada a la noción de personaje expresado en la máscara, fue cediendo al carácter individual/institucional (Mauss [1938], 1985; Whittaker, 1992; La Fontaine, 1985).¹⁴

Que actualmente se haya impuesto el concepto de persona propio del liberalismo, vinculado con la ciudadanía, no implica que su significado haya sido el mismo en todos los tiempos y sociedades. Pero el investigador social moderno actúa como un individuo que, independientemente de su sexo, raza o ideología política, acomete la búsqueda desinteresada e impersonal del conocimiento.

Esta representación de la persona se pone en escena en el campo constantemente, pero es más evidente al principio porque tanto el investigador como el informante interpretan sus papeles (roles) y estatus formales según el “deber ser” que establecen sus respectivas sociedades, culturas y reflexividades. Así, el investigador se presenta como miembro de una institución universitaria que va a realizar un estudio, mientras que sus primeros interlocutores se presentan como autoridades en la materia, en el lugar y entre sus vecinos. Esta presentación es, como ha señalado Erving Goffman, una actuación cuya relevancia reside en indicar pautas de derecho, moralidad y responsabilidad. Nombres y cargos, patrones de deferencia y respeto, permiten clasificar al interlocutor (Goffman, 1971). Con sus cargas morales, de rol y de estatus, estas tipificaciones trazan las líneas futuras de interacción, cooperación y reci-

precidad, y por lo tanto los lugares viables e inviables para observar, participar y entrevistar.

Mi perplejidad denunciaba, pues, una disonancia entre mi persona de “investigador y académico” (nótese el masculino), y la persona que me atribuían (al menos) Carlos y su mujer. El incidente me demostró que el concepto occidental de persona no es generalizable ni siquiera en Occidente, en particular cuando, pese a invocarse un sujeto universal de derechos, se habita un espacio jurídico cuyos habitantes han sido crónicamente menguados en su plena ciudadanía. La persona del liberalismo es incompatible con la de un grupo social que ha sido blanco de persecución, de castigos y hasta de la sustracción absoluta y total de su persona, como sucede en el caso de los “desaparecidos”. Mientras el etnógrafo se presenta a sí mismo como un ser autónomo de su origen social, político o étnico, ligado solamente a sus credenciales académicas, a sus interlocutores les sobran los motivos para interpretar esa presencia en términos más próximos a su experiencia.

Las emociones

Episodios como el que viví despiertan los temores más íntimos del investigador de campo: el desprecio, el ingreso vedado y, en caso de haber ingresado, que se lo declare *persona non grata* y deba irse. Esta angustia va más allá de la responsabilidad académica; el rechazo cuestiona las fibras más íntimas del trabajador de campo, la creencia de que puede operar como mediador entre sectores sociales y entre culturas. Lo que nos jugamos en el campo, cada uno en su solitaria y frecuentemente incomprendida individualidad, es nuestro carácter de representantes de una utopía de solidaridad social y cultural, por cuanto somos nosotros quienes estamos dispuestos a escuchar y a entender lo que otros no escuchan ni entienden. Por

eso, acontecimientos como el que acabo de relatar nos humillan y avergüenzan, y nos obligan a resignificar nuestra devoción humanitaria y a preguntarnos si “hemos nacido para esto”.

Esta dimensión de la perplejidad está generalmente ausente de la mayoría de los manuales, pero aparece en todos los relatos autobiográficos de los etnógrafos. Temor, ansiedad, vergüenza, atracción, amor y seducción caben en una categoría sistemáticamente negada por la metodología de la investigación social: la emoción, contracara subjetiva, privada e íntima de la “persona” en tanto sujeto jurídico. La lógica académica, para la cual la razón es el principal vehículo y mecanismo elaborador de conocimiento, deja completamente de lado la pasión, los instintos corporales y la fe. Asignadas al reino del cuerpo, el espíritu y la intuición, estas facetas fueron relegadas como expresiones vergonzantes o, a lo sumo, consideradas eventuales objetos de domesticación y formas distorsionadas de conocimiento. Esta segregación tiene su correlato social, pues los grupos considerados como más próximos a la razón —los hombres, los adultos, los miembros de clase media y los blancos o europeos— estarían en mejores condiciones de acceder al conocimiento científico que los segmentos “más emocionales”, como las mujeres, las masas populares y los jóvenes (Taylor, 1981; Lutz y Abu-Lughod, 1990; Lutz, 1988), o más ligados afectivamente al saber tradicional, como los aborígenes y los campesinos.

Desde esta perspectiva, la emoción es el “anti-método” que nos aleja del conocimiento ecuánime y objetivo, y hace de la participación un comportamiento sospechoso. Las emociones pertenecen al dominio privado del individuo, al que sólo puede acceder la psicología. Cuando lo exceden, recurrimos a calificativos como “emocional”, “inmaduro”, “primitivo” o “patológico” (Lutz, 1988: 40-41). La emoción se ratifica en el polo individual del dualismo individuo/sociedad, fuera de las relaciones sociales.

Esta concepción incidió profundamente en la metodología de la investigación, suprimiendo las emociones del investigador, pero también las de los informantes, e impidiendo considerar la emoción como un fenómeno sociocultural con distintas expresiones y fundamentos (Lutz y Abu-Lughod, 1990). La escena que protagonicé junto con la mujer de Carlos presentaba a dos “personas emocionales” en un mundo de hombres –el de los ex soldados–. Que fuera una mujer (y “la mujer de”), no un hombre, la encargada de echarme, replanteaba (degradaba) mi estatus de “investigador” y el suyo como “dirigente ad hoc”; éramos, en cambio, dos mujeres que dirimían diferencias a través de un desplante, actitud que remitía menos a una acusación política que a otro tipo de situaciones.

La investigadora, el género y la mujer

La primera interpretación que colegas y amigos hicieron de lo ocurrido fue: ¡está celosa! Esta respuesta me parecía particularmente desatinada porque clausuraba toda inquietud ulterior al ubicarla bajo el rótulo, ciertamente inexplicable, de “un tema de mujeres”. De acuerdo con esta interpretación, el incidente no sólo carecía de significación política sino académica, y me ubicaba en el mismo plano que mi interlocutora, dejando de lado la persona de “investigador” que tanto me había costado construir. Sin embargo, la rabia que me provocaba el incidente y su interpretación denunciaba mi “susceptibilidad” típicamente femenina.

Si bien las primeras disquisiciones sobre el trabajo de campo no siempre problematizaron el hecho de “ser mujer” (como en el caso de Margaret Mead, 1970 y 1976), fueron las etnógrafas quienes empezaron a cuestionar la uniformidad de la persona del investigador como occidental, individual, adulto, racional, moralmente responsable

y masculino. El sustantivo neutro o no marcado, en términos saussurianos, de “investigador”, que hemos utilizado en este texto, se aplicó tanto a los investigadores como a los pueblos o grupos estudiados (los Nuer, los Azande). Este uso naturalizaba, por un lado, que el mundo nativo estudiado era predominantemente masculino y, por el otro, que el investigador era, en general, un hombre. La masculinización del investigador y de los pobladores objeto de estudio derivó, necesariamente, en la masculinización de las temáticas de investigación.

La primera advertencia contra esta tendencia fue, en los años sesenta, la irrupción de “los estudios de la mujer”, cuyo objetivo era “hacer visible a la mujer en la sociedad y explicar su opresión” desde distintas teorías, incorporando el aspecto femenino como elemento faltante (Cangiano y Dubois, 1993). La perspectiva introducida en los años ochenta puso en cuestión las bases del conocimiento social como un conocimiento masculino, mientras buscaba complejizar la pretendida homogeneidad femenina, hegemonizada por la mujer blanca, de clase media, universitaria y occidental. La nueva perspectiva debía mostrar que, así como todo conocimiento es un saber situado (Haraway, 1988), las mujeres construyen sus identidades en el contexto de discursos determinados por relaciones sociales (De Lauretis, 1990; Cangiano y Dubois, 1993: 10).

El nuevo feminismo adoptó, de la gramática, el término “género”, que designa un sistema de clasificación bipolar, para subrayar el carácter eminentemente social de las distinciones basadas en el sexo, y para rechazar el determinismo biológico implícito en las palabras “sexo” y “diferencia sexual”. Así, el género cobró el sentido de un “saber sobre la diferencia sexual” (Scott, 1993), no limitado al “sexo natural” (presencia o ausencia de falo) sino focalizado en las formas en que los sujetos sociales elaboran los roles biológicos sexuales produciendo valores, creencias y normas (Warren, 1988: 12). En este proceso, el género emer-

gió como un compromiso académico para transformar los paradigmas disciplinarios, y dejó de ser una categoría descriptiva para convertirse en una categoría analítica (Scott, 1993: 17-19).

Estas perspectivas incidieron profundamente en la literatura metodológica replanteando el lugar del investigador como instrumento neutral, omnisciente y omnipresente del conocimiento. A partir de ese momento, "ser mujer" no sería una anomalía sino un posicionamiento distinto de, aunque equivalente a, "ser hombre", con sus ventajas y limitaciones, sus sensibilidades y actuaciones particulares y culturalmente determinadas. Si en la mayoría de las sociedades existen dominios de habla y de acción típicamente femeninos y masculinos, la información que obtiene una mujer no será la misma que la que obtiene un hombre (Haraway, 1988).

Ya en 1970 Peggy Golde explicaba que el interés sobre el lugar de las mujeres en el campo radicaba en que el "sexo" (todavía no se había impuesto el uso de "género") es la variable básica de la organización social, y por eso se la asocia a su vez a las variables de edad, estatus marital, momento del ciclo vital, y a veces a la segregación parcial o total de ciertas esferas de actividad, y a la distinción entre lo privado y lo público. El investigador siempre tiene un sexo y por tanto, cuando va al campo, es incorporado inexorablemente a las categorías locales de género.

En este sentido, según Golde, el rasgo distintivo de la experiencia de las investigadoras es su vulnerabilidad, atribuida a la debilidad física y a su mayor exposición al asedio sexual. Pero esta vulnerabilidad tiene su contracara en la provocación o seducción maliciosa o involuntaria de las mujeres. Si la vulnerabilidad implica una exposición al asedio, la capacidad de seducir puede ser leída en términos defensivos, como una característica de la que las mujeres podrían aprovecharse. La protección masculina ofrecida e impuesta a las mujeres investigadoras tiene pues dos obje-

tivos: dar seguridad a la mujer y proteger a quienes están vinculados con ella.

Las mujeres suelen ser objeto de cuidados exagerados por parte de su familia adoptiva, que tiende a asignarles un rol que neutralice su sexualidad. Por eso, en el campo tienden a quedar subsumidas, según su edad y estatus marital, al papel de niñas, hermanas o abuelas. Las investigadoras jóvenes y solteras suelen ser más celosamente resguardadas porque ponen en peligro real o potencial el honor y buen nombre de sus protectores. Ciertamente, la protección tiene ventajas y desventajas, porque brinda seguridad y traza vínculos muy próximos, pero al mismo tiempo ostenta posesividad y control sobre la investigadora y le veda el acceso a ciertos ámbitos, limitándola en sus movimientos y modelando, en definitiva, su campo y su objeto de investigación.

El valor dual de la mujer, a la vez como peligrosa y vulnerable, suscita reacciones también duales en el campo. Una investigadora puede ser más tolerada, menos temida que un investigador, si traspasa los límites de lo permitido. Incluso sus errores y traspies son interpretados en términos de su inimputabilidad natural, más que como una presencia institucionalizada perjudicial para los pobladores. Sin embargo, cuando despliega sus "armas", esto es, su autonomía y capacidad de aprender los códigos locales, la institucionalidad (servicio de inteligencia) puede articularse con la anti-institucionalidad (el poder demoníaco de la seducción). En este sentido, uno de los recursos favoritos es el rumor, que, generalmente a cargo de otras mujeres, evalúa la conducta de la intrusa en términos sexuales, más que políticos y profesionales.

De ello resulta que las mujeres suelen estar más obligadas a prestar explícita conformidad a las reglas básicas de la población local. Si el extraño se convierte en "familiar" y, además, en miembro adoptivo de una familia, debe adecuarse a sus expectativas. Conviene entonces evaluar

cómo interviene ese estatus en la investigación. Las investigadoras pueden tratar de inventarse un rol propio, aunque negociando en otros planos y actividades con la sociedad anfitriona. La posición de dependencia con respecto a los hombres suele compensarse con el origen occidental, el nivel de instrucción universitaria y la profesión. Pero en algunos contextos, como por ejemplo los ambientes sexualmente segregados del Medio Oriente, los márgenes de negociación son tan estrechos que el objeto de investigación quizás deba modificarse (Abu-Lughod, 1988; Altorki y El-Solh, 1988; Razavi, 1993).

Retrospectivamente, pensé, yo no me había encuadrado en ninguna organización de ex soldados y no había negociado mi autonomía ideológica, política y, sobre todo, femenina. Mi libre circulación me convertía en alguien sin control ni clasificación. Esta amenaza que yo empezaba a representar oscilaba entre el estatus de marginal (cuando fui a pedirle a Carlos una explicación, me contestó: “Ésta no es una organización de mujeres de veteranos; es una organización de veteranos de guerra”) y el de antagonista con fuerzas propias, esto es, de enemigo, al servicio del Estado nacional. A diferencia de mis amigos y colegas, ninguno de los demás veteranos interpretó el incidente como una “cosa de mujeres”, sino como una “seria acusación”. Uno de los ex soldados incluso me dijo: “Si yo quisiera espiar a una organización de veteranos, mandarí a una mujer”.

La naturalización de lo foráneo

La acusación de espía es una de las más recurrentes en las memorias de campo. Se trata de una figura fácil de construir, pues la nacionalidad y los recursos del investigador suelen abonar la imagen de un emisario proveniente de una metrópoli colonial, mundial o nacional. Esta imagen

es correlativa a la experiencia política del grupo estudiado. Distintas expresiones de pertenencia –como el color de la piel, la clase social, la cultura de origen y la nacionalidad– se corresponden con “personas” construidas a partir de determinadas experiencias, por ejemplo, de autoritarismo, subordinación y genocidio. La sospecha de espionaje remite entonces no sólo a la dependencia estatal sino también a una atribución de lealtades espurias que vinculan al investigador con pertenencias ajenas a las que la comunidad valora y considera como propias.

Al proponerse el conocimiento de mundos distantes y exóticos, el etnógrafo se ubicó, de hecho y metodológicamente, como un agente extranjero respecto de la población estudiada. Esta distancia, que fue problematizada por los antropólogos nativos de las academias periféricas, requiere una doble reflexión: sobre el conocimiento que esa distancia produce, y sobre los sistemas de clasificación de las pertenencias (ser nativo o foráneo).

Algunos autores identificados con la antropología posmoderna han intentado superar la división jerárquica entre el investigador y el Otro presentando el trabajo de campo como un ámbito donde priman el diálogo y la negociación. Por eso, las nuevas etnografías intentan destacar las voces de resistencia y oposición del Otro al Sí Mismo (el investigador), del Resto a Occidente, evitando que la pluma del investigador haga caso omiso del disenso y lo anule para siempre (Dwyer, 1982). Complementariamente, esta vertiente se ha dedicado a rescatar el Sí Mismo del etnógrafo, su persona sociocultural, de la tentación mimética respecto del campo y de la tendencia estereotipadora de Occidente.

En un mundo globalizado, sin embargo, el investigador no es un agente totalmente externo a la realidad que estudia; ni él ni los sujetos de su trabajo se ubican en lugares que no hayan sido previamente interpretados. Pero que habiten el mismo mundo no significa que los sentidos que

le impriman a su experiencia sean los mismos. A esto se refiere Marilyn Strathern cuando define a la “auto-etnología” como aquella “que se lleva a cabo en el contexto social que la ha producido” (Strathern, 1987: 17, t. n.). El punto no es si las credenciales (nacionales, étnicas) del investigador coinciden con las de los informantes, sino “si existe continuidad cultural entre los productos de su labor y lo que la gente en la sociedad estudiada produce en términos de explicaciones de sí misma” (Strathern, 1987: 17). Strathern propone el concepto de “reflexividad conceptual”, que atañe al “proceso antropológico de ‘conocimiento’ [que] se erige sobre conceptos que pertenecen también a la sociedad y cultura en estudio” (Strathern 1987: 18). Incluso si el investigador procede del mundo social de los sujetos, esto no garantiza que identifique las discontinuidades entre la comprensión indígena y los conceptos analíticos, ni que adopte los géneros culturales apropiados para interpretarla.

El segundo cuestionamiento concierne a los sistemas de clasificación de lo propio y lo extranjero en cada sociedad. Los más habituales son los que remiten a la raza, referida a rasgos fenotípicos y hereditarios; la etnia, como pertenencia a una unidad cultural; y la nacionalidad, o afiliación a un Estado nacional. La relevancia de estos términos depende del contexto y la experiencia de los sectores sociales en estudio. No es lo mismo tener tez morena en la República de Sudáfrica que en el Brasil, ni ser o parecer judío en la Alemania de 1930 que en la Alemania actual.

El incidente que presentamos aquí muestra hasta qué punto las clasificaciones que se aplican al investigador son propias de cada contexto. Que yo fuera una argentina rescatando la memoria de Malvinas no me hacía más aceptable, al menos no para Carlos y su mujer, que me identificaban con un *service* de inteligencia. Pero esa afiliación no me remitía a la CIA ni al Mossad ni a la KGB, sino a la SIDE argentina. Sólo algún tiempo después pude des-

prenderme de esta lógica acusatoria (¿por qué creen que soy servicio si no lo soy?) y preguntarme algo impensable para mis compatriotas: ¿por qué, después de todo, es tan abominable trabajar para un servicio de inteligencia del Estado propio? ¿Por qué un empleado estatal, incluso uno de la SIDE, no puede conmemorar el 2 de abril de 1982?¹⁵ En todo caso, al distanciarme de mi propio sentido común como argentina, pude advertir que en este país, constituido a la luz de la nacionalidad por contrato ciudadano pero con extensos períodos de persecución política, ser asignado al Estado implica, para la mayoría de los argentinos, ser identificado, más que como extranjero, como enemigo. Mi posición de presunto espía de mis connacionales me ubicaba en el polo de la antinación, independientemente de mis explicaciones y buenas intenciones.

El trabajo de campo etnográfico se ha planteado desde sus comienzos como parte del trabajo académico occidental y por lo tanto como una tarea masculina, individual, adulta y occidental-europea, ante Otros —marginados de la sociedad, pertenecientes a culturas distintas y distantes—. Este proceso ha creado una “persona” un tanto excéntrica que, por un tiempo, se recorta de su medio y sus comodidades habituales para sumergirse en un medio ajeno, frecuentemente difícil y hasta peligroso, sin ningún interés material aparente. Como vimos, los intentos de borrar al investigador, sea mediante técnicas estandarizadas o por la fusión con los nativos, redundaron en la falta de conceptualización de su persona moral, social y política, en pos de un conocimiento pretendidamente altruista, impersonal y universal. Sin embargo, los esfuerzos en esta dirección nunca fueron completamente exitosos, porque los vandalismos del siglo XX requirieron un pronunciamiento explícito por parte de las corporaciones académicas, y porque los pueblos que solían ser objeto de la investigación etnográfica protagonizaron esos mismos vandalismos

como víctimas y, también, como victimarios. Fue necesario contar con códigos de ética antropológica en las distintas comunidades académicas, para sistematizar la postura de sus miembros ante una realidad compleja, problemática y cambiante. El hecho de que estos códigos no hayan cerrado el debate acerca de si, aun con fines humanitarios, se sigue sosteniendo la concepción occidental e individualista de la “persona” (Fluehr-Lobban, 1991; Huizer y Manheim, 1979; Wilson, 1993), pone en evidencia la contradictoria realidad, única y plural, en la que se ha desarrollado el trabajo de campo etnográfico.

7. El método etnográfico en el texto

El trabajo de campo etnográfico es una de las modalidades de investigación social que más demanda del investigador, pues compromete su propio sentido del mundo, del prójimo, de sí mismo, así como de la moral, el destino y el orden. El recorrido que hemos realizado en los capítulos precedentes pone de manifiesto que adoptar seriamente el postulado de que el mundo social es reflexivo conlleva más exigencias y controles de lo que su flexibilidad y apertura permiten suponer. Ahora bien: ¿adónde van los datos construidos con semejante esfuerzo?, ¿quiénes y qué se definen como datos adecuados, y en qué contextos, si los criterios de falsación y verificación no son los que guían la práctica etnográfica?

A continuación, y a modo de epílogo, nos detendremos sobre la tercera acepción del término “etnografía” que indicamos en la introducción, y en sus receptores o “lecturados”, pues conviene recordar que el mundo es ya inexorablemente distinto de aquel en el que Malinowski publicó *Los argonautas del Pacífico Occidental*.

Tal como explicamos al comienzo de este libro, la etnografía se mantuvo bastante similar a sí misma desde sus inicios modernos. Esta caracterización vale tanto para el trabajo de campo como para el texto que resulta de éste. Sin embargo, desde la década de 1980 algunos antropólogos comenzaron a cuestionar la supuesta neutralidad con que los investigadores traducían al lenguaje escrito los modos de vida exóticos. Distintas perspectivas de análisis –en